

SOLEMNE INVESTIDURA COMO DOCTORA HONORIS CAUSA DE  
**ANA BLANDIANA**

---

Universidad de Salamanca, 2 de julio de 2021

 DISCURSO DE LA DRA. ANA BLANDIANA

El primer doctorado honoris causa que recibí fue en la universidad que, paradójicamente, años atrás, no me había aceptado como estudiante por ser hija de un preso político. Esas circunstancias tan especiales confirieron a aquel momento una emoción mucho más intensa que la que habría debido producir normalmente, y la sensación de satisfacción adquirió el peso de una justicia retrasada contra la injusticia de la historia.

Recuerdo esa sensación aquí y ahora porque el alto honor que me concede la Universidad de Salamanca desencadena en mí emociones que van mucho más allá del reconocimiento académico y su carga simbólica va más allá de mis libros o de mi vida. No puedo dejar de pensar que, cuando a principios del siglo trece en la ciudad de Salamanca se fundaba una universidad que se convertiría en el modelo de muchas otras universidades españolas y sudamericanas, apenas estaban empezando a constituirse los primeros principados de mi país que, arrasados por las invasiones de los tártaros, tendrían que volver a establecerse, una y otra vez.

En nuestro tiempo, en el que los derechos humanos se han convertido en el valor supremo, no puedo dejar de pensar que la esencia de estos derechos se vislumbró por primera vez aquí, hace cinco siglos, de la mano de los teólogos dominicos de la "Escuela de Salamanca", bajo la dirección de Francisco de Vitoria, que escribió sobre el derecho natural de las naciones.

Etimológicamente, la palabra símbolo significa en griego antiguo "unión", y no puedo evitar unir y comparar los destinos injustamente diferentes de las dos partes de Europa, y no dejo de conmoverme ante el hecho de que, desde mi universidad a la suya, he tenido que recorrer no sólo la distancia de 3000 km, sino también la de los seis siglos que nos separan. Y el hecho de que nombres como Miguel de Cervantes, San Juan de la Cruz, Calderón de la Barca o Miguel de Unamuno, todos ellos relacionados con Universidad de Salamanca, sean piedras fundacionales de mi construcción intelectual y espiritual, sin cuyo legado yo no sería hoy lo que soy, significa que no sólo el alto título que ahora me conceden, sino que también una parte de mí pertenece a su universidad. En este sentido, quisiera aprovechar esta ocasión para hacer una confesión: hay un momento inolvidable en mi vida, el momento en que descubrí la vibrante exclamación de Unamuno "Me duele España", que, a lo largo de los años, se ha convertido para mí en la expresión de la asunción absoluta del destino colectivo, una expresión que he adoptado y adaptado con gratitud cada vez que Rumanía me ha dolido.

La solemnidad con la que les agradezco este honor encierra algo más que meras emociones circunstanciales. Expreso mi agradecimiento al Departamento de Lengua Española, a la

Facultad de Filología y al Claustro de Doctores de la Universidad de Salamanca, así como a todos mis traductores al español, todos ellos vinculados con la Universidad de Salamanca a quienes debo la difusión de mis libros en el mundo hispanohablante así. Por último, quiero expresar mi agradecimiento a los lectores que se reúnen alrededor de mis páginas como las palmas alrededor de una llama, para que no se apague con el viento.

## **PALABRAS acerca de las PALABRAS**

La historia de la poesía no es más que la historia de la lucha entre el qué y el cómo, una historia tanto más feliz cuanto más incierto sea el resultado de la lucha, cuanto más tienda hacia la igualdad la relación de fuerzas. Desde la creación del mundo, los poetas se han dividido en dos grupos reivindicándose desde uno u otro de ambos términos; esta pertenencia no significa realmente una opción sino una prioridad. Existen poetas para los que el cómo está contenido en el qué, fluye desde él, al igual que la forma y el color de la fruta nacen de la necesidad de traer el hueso al mundo. Existen poetas para los que el arte no es más que "una búsqueda y una experiencia del lenguaje", "un cierto orden de palabras" (Gaetan Picon), y según su parecer, es lógico que el qué no sea más que una cantidad insignificante contenida en este inmenso espacio inventado por el cómo. En efecto, he aquí un verbo, „inventar”, que podríamos utilizar como papel tornasol: mientras que los primeros no inventan, sino que buscan y extraen, como un mal necesario, como un compromiso fatal con la materia, la expresión material de lo inexpresado, los segundos conciben el arte como una invención continua de juegos ingeniosos, de hábiles artificios. Inventar es para algunos un pecado mortal, y para otros un orgullo creativo. . .

Por supuesto, todo esto es válido en el marco de la reflexión sobre la poesía figurativa, una poesía en la que las palabras siguen reflejando las ideas, así como en la pintura, con el mismo atributo, las imágenes siguen reflejando las cosas. No es el caso del siglo pasado, de la poesía después del estallido de la crisis del lenguaje, de la poesía escrita por poetas que "únicamente reconocen las palabras a medias", como dice Bergson; no es el caso de la poesía en la que las palabras ya no son el espejo de los objetos, sino que son ellas mismas los objetos, unos ladrillos colocados uno al lado del otro, enyesados, que no forman significados sino realidades.

Puesto que nací a mediados del siglo pasado, no puedo eludir esta disolución, por lo demás brillante y feliz, de la relación entre el mundo y la página. Pero sueño con obstinación que los blandos y fluidos espejos de las palabras sigan sugiriendo las ideas, por muy alejadas, deformes y anamórficas que sean, del mismo modo en que los elásticos relojes de Dalí no dejan de sugerir el tiempo, aunque sean incapaces de indicar una hora exacta. Por la tenacidad de este sueño, que me va a perseguir siempre (mientras todo el mundo mirará el espejo de los versos como un objeto maravilloso que se basta a sí mismo), nace la pregunta que tiembla de tanta curiosidad: ¿qué es lo que se ve – reflejado, por supuesto, e irreconocible – qué es lo que se ve en realidad en el espejo?

Existen no sólo palabras sin trabajo, como dijo algún crítico en alguna ocasión, sino también palabras que pretenden trabajar y otras que se inventan oficios. Además, a menudo estás últimas parecen más simpáticas que las ocupadas y responsables que, cuanto más se afanan, menos divertidas son. No es el único ámbito en el que a las palabras se las trata como si fueran personas, ni el único dominio en el que la falta de sentido se confunde con la libertad. Las palabras son una prisión, más allá de la cual –es cierto– la poesía no podría existir.

Me doy cuenta de que lo que digo puede interpretarse fácilmente como una blasfemia, siendo la palabra –el logos– la verdadera señal de nuestra salida de la condición animal, el signo inequívoco del vínculo con la divinidad. El no conformarse con esta palabra interpuesta y palpable, que se puede sentir con el oído y disecar con el pensamiento, es, sin duda, una arrogancia, en un orden en el que el alma sólo puede existir encarnada. Y, sin embargo, ¿qué es la religión sino el intento de imaginar el alma libre, que existe por sí misma? ¿Qué es la poesía sino el poder de soñar lo que se esconde detrás de las sílabas?

La poesía es la que me ha dado, al igual que un sexto sentido, la sensación de la presencia del otro en el mundo circundante. Otro que me mira desde las piedras, desde las plantas, desde los animales, desde las nubes. Otro, que sólo en momentos de gran fatiga se llama NADIE.

Si perece, la metáfora no lo hará por el agotamiento de sus posibilidades latentes, sino por la exacerbación de las mismas. Puesto que, según la definición de los manuales, un símil ha renunciado a un término, y al estar demasiado seguro de sus posibilidades de expresión, lo único que le puede pasar en el futuro, dada su evolución hasta ahora, es que ¡renuncie también al último término que le queda! Lo que digo es, por supuesto, una paradoja e incluso una broma, que no nos aleja demasiado de la realidad. A lo largo de los milenios, en la poesía nada ha cambiado más que la psicología de la metáfora. Cada vez más complicada, críptica hasta el hermetismo, épica hasta el exhibicionismo, la metáfora ha sido, de todo lo que parece constituir la poesía, la parte más plástica, la más dispuesta a amoldarse al espíritu de los tiempos.

Sin duda, la poesía se ha vuelto cada vez más incomprensible; pero ¿los tiempos no son también cada vez más incomprensibles? Obviamente, las metáforas del siglo XXI son más absurdas, más irracionales que las de los siglos anteriores, pero ¿no será que el mundo que reflejan resulta también infinitamente más difícil de entender que el antiguo? ¿No es más irracional conducir una moto que un caballo? ¿No era más lógico vestirse de lana que de petróleo? Pero todo se conecta y todo se transforma en este universo en el que las metáforas tampoco son más que una especie de gafas para ver lo que el poeta cree que hay que ver, unas gafas que, como otras cualesquiera, se construyen según los defectos del ojo del que mira.

Para mí, la inspiración no excluye la razón, sino que la intensifica, la lleva a un estado de incandescencia y, en casos felices, la hace refulgir. Además, no sé si la inspiración es un nombre adecuado para ese estado de intensificación de todas las fuerzas del espíritu, para

esa efervescencia del alma y del intelecto en la que los límites del propio universo parecen ceder respetuosamente ante un poder que los supera en tensión. Siempre he considerado la inspiración como un estado misterioso pero no incontrolable. Es una luz poderosa que, mientras brilla, aclara todo el universo. Es un fuego que no enciendo yo misma, pero cuyas condiciones he aprendido con el tiempo, sé qué es lo que lo mantiene encendido y lo que puede apagarlo. Vuelvo pocas veces y un poco a regañadientes a los manuscritos redactados en esos momentos felices, pues dudo de que el juicio en frío, después de que se haya apagado la luz, pueda superar a los pensamientos cargados de electricidad de entonces. La mano que corrige, en cambio, se siente, cada vez más avergonzada por una impertinencia, abochornada como por una mezquindad.

He hablado de la felicidad pensando en los momentos de inspiración, y no creo haber exagerado; en todo caso, no conozco un estado de dicha superior a esta intensidad espiritual, que nunca me ha parecido malsana, sino, por el contrario, milagrosa como un toque de salud perfecta, como un despertar (a la verdadera vida, a la vida de todos los recursos vitales) del sueño ordinario y general, como una visión súbita y extraordinariamente clara de una vista apenas vislumbrada habitualmente. Creo que no me equivoco al afirmar que sólo el hecho de disfrutar de esta felicidad única, de sentirse casi culpable por disfrutarla, a diferencia de la mayoría de la gente, puede hacer que los poetas asuman todo el sufrimiento del resto de la humanidad. Pues he aquí que una de las grandes paradojas de la creación es que, aunque se alimente sólo del dolor, consigue, no obstante, hacer feliz a quien lo sufre. De ello se deduce, curiosamente, que puede haber poetas felices, pero no personas capaces de convertirse en poetas cuando son felices.

Existen poetas que se niegan a comunicarse y otros que permanecen en secreto incluso en la comunicación. Y luego está el misterio capaz de latir más allá de aquellos que tienen la sensación de que lo han entendido todo. Siempre he soñado con un texto con varios niveles, cada uno perfectamente inteligible, autónomo y diferente, como esos muros de monasterios medievales pintados con paisajes en los que, desde ciertos ángulos, se revelan figuras de santos.

El modelo de poeta (de una generación, de una época, del futuro), depende, creo, del modelo del mundo al que nos referimos. En un mundo feliz, desprovisto de dramatismo y de conflictos, el poeta podrá encerrarse en su propio arte, ensimismarse en experimentalismos, elevarse hacia las nubes de una belleza indiferente, sin que los demás se sientan traicionados por él; mientras que, en un mundo infeliz, asaltado por problemas contradictorios, injusticias y falsedades, él, el poeta, se sentirá desdichado y dramáticamente solidario y comprometido con el sufrimiento que le rodea. Cuando es feliz, la gente otorga al poeta una libertad parecida a la indiferencia; sin embargo, en la desgracia, la gente siente la necesidad de acercarse a la poesía.

A menudo tengo la extraña y paradójicamente halagadora sensación de que no estoy escribiendo yo, sino que otra persona está escribiendo a través de mí cosas que ni siquiera se me habían ocurrido y que ni siquiera había sospechado un momento antes de escribirlas.

Quizás debería ofenderme mi total dependencia de fuerzas sobre las que no puedo influir, pero me siento feliz y orgullosa como una dama de la corte a la que el rey le ha dado un hijo. El punto de partida es la sensación, que siempre he tenido, de que no soy yo la que quiere escribir, de que yo no me propongo escribir y de que, en definitiva, no soy responsable de lo que he escrito. Y, aunque la página final sea el resultado de mi trabajo, no puedo evitar sentir que está firmada de forma un tanto abusiva con mi nombre. Y, pese a que me doy cuenta de que esto es absurdo, no puedo reprimir un pequeño sentimiento de culpa por la forma en que me beneficio de dones que no son totalmente míos.

Y sin embargo, escribir se ha convertido para mí en una necesidad vital en la que la obligación de expresarme determina la obligación de existir para ser expresada. Soy como un vellón de lana que sólo existe en la medida en que alguien lo hila.

Muchas gracias